

Cergio Prudencio:

Poesía y muerte, venceremos ¹

En mi experiencia, el arte y la filosofía resultan ser campos distintos y hasta opuestos. El arte es expresión (del) inconsciente. La filosofía, al contrario, es expresión plena de (la) conciencia. Ambos son dicotomía formada entre el “pienso, luego existo” de Descartes, y el “soy allá donde no pienso” de Lacan, respectivamente.

La creación artística es un proceso individual situado en las profundidades del inconsciente. Viene del impulso instintivo, impensado, que descubre la interioridad del ser. Es una invocación a un desconocido espacio perceptivo de la realidad, las experiencias y las relaciones, donde la realidad, las experiencias y las relaciones configuran en el individuo, ámbitos sustitutos, propios y distintos de los referenciales. De allá viene el arte, de un mundo perdido al cual se accede por senderos muy ajenos a la racionalidad.

Por eso, el aprendizaje de la creación consiste entonces en despojarse de todos los atavismos que bloquean la confrontación con la esencia. Es la travesía trazada por el descubrimiento del remoto universo y su manifestación en el nivel sensorial humano. Manifestar, expresar, revelar esa unicidad es ya el arte en sí mismo. Por eso, cuando es arte, es siempre nuevo.

En ese sentido, no es posible enseñar a hacer arte, sólo sería posible asistir a alguien en su intransferible y solitario recorrido hacia la fuente, estimulando el coraje de vencer toda interferencia, observando – como desde otra dimensión – el trayecto del caminante hacia su mar interior.

Crear es liberar energía. Es detonar una explosión allá donde en verdad existo, es decir, donde no pienso. Es expandir la materia vivencial críptica, para formar galaxias, o códigos descifrables a nuestros sentidos; poesía, en una palabra. Y aquí cito a Antonio Porchia: *“Cuando es algo no es algo, es todo. La poesía siempre es un todo. Las demás artes, si son artes, son poesía. Al ser algo somos poesía, si no, no somos. La poesía une, vincula; cuando somos, somos uniones”* ².

En esa comprensión, la poesía es un estado, una condición suprema, un alcance trascendente, no tan sólo del arte, sino – más importante aún – del propio ser humano. Asomado a su inconsciente, el creador descubre una supra realidad para transformarse él mismo al contacto con ella. Así, hace poesía y se hace poesía. Articula un lenguaje y se convierte en el lenguaje como tal. Jaime Sáenz lo desentraña en el siguiente concepto: *“El poeta – y se dice poeta al creador – ha de crear antes que nada la substancia de su creación, por cuanto no podrá crear sino con esta substancia la obra de su creación. Quiere decir que sólo se podrá crear después de haber creado, no antes. Quiere decir que el conocimiento en el vivir es insuficiente para alcanzar la substancia de la creación, por lo que habrá que remitirse al estar muerto. Quiere decir que el estar muerto es de*

¹ Ponencia leída en el Primer Encuentro-Seminario “El devenir-filosofía del arte”. La Paz, Bolivia

² Voces reunidas, Antonio Porchia; Alción Editora 2006. Página 157

hecho la substancia de la creación"³. Pareciera que el "estar muerto" en el discurso de Sáenz, es el estado pleno de ajenidad con el consciente freudiano, y la representación simbólica del portal límite entre el ser y el no ser. La misma paradoja de Lacan, claro está.

Pero más paradójico aún es el hecho del arte en la sociedad. Si bien éste proviene – como hemos visto hasta aquí – de un mundo arcaico perdido, puesto entre humanos suscita reflexión, análisis, controversia, un vasto campo de racionalidad. Y suscita también placer y goce, propiedades de esta orilla de la realidad previa a la "muerte" proclamada por Sáenz.

Aquí empieza la filosofía. Aquí la mente con sus respuestas. Posiblemente la filosofía sea la instancia posterior al arte, pero también la previa. Reflexionamos sobre la experiencia estética, pero asimismo reflexionamos para poder alcanzarla. En busca de comprensión, analizamos la forma y la estructura, lo perceptible a los sentidos; y desde ese mismo orden soltamos amarras hacia las tinieblas de lo extrasensorial. Observamos el objeto de arte, validando su condición de tal, o – al contrario – invalidándola, bajo premisas inciertas y deleznable, polemizando su función, su sentido o su misterio.

La filosofía codifica la experiencia, da nombre a los hechos y a sus consecuencias. Indaga lo inasible, se le asoma, a veces lo roza. Es bitácora a posteriori de un viaje imaginario. Es intento de comprensión de lo incomprensible. La filosofía traduce códigos, trae señales de un cosmos al que no pertenece, a donde luego las devuelve. Sabe de otras existencias y las convoca, las anuncia como el navegante anuncia su ilusorio destino. Y no obstante, es una necesidad, como es el arte en su insondable origen. El arte para la filosofía como la filosofía para el arte, son los rostros del ser humano en su intento por explicarse a sí mismo los enigmas de su existencia.

La Paz, 4 de agosto de 2010.

³ Jaime Sáenz: "Carta a Ricardo Bonel". En: La mariposa mundial, revista de literatura, No 18, 2010; La Paz, Bolivia..